
TROTSKY E INGLATERRA

John Maynard Keynes

Tomado de Keynes, J.M., 1973, *The Collected Writings of JMK*, v. X, St. Martin's Press, N. Y. Traducción de Guillermo Maya, Profesor de la Universidad Nacional, Sede Medellín, y Alberto Supelano. Se agradecen los comentarios y sugerencias de Germán Prieto, Profesor de la Universidad Nacional, Sede Bogotá.

En una reciente reseña del libro de León Trotsky *¿A dónde va Gran Bretaña?* se dice que: “El autor repite perogrulladas como un disco rayado”. Podría imaginar que Trotsky dictó esa frase. En su ropaje inglés, este libro refleja oscuramente el tono insolente propio de los actuales escritos revolucionarios rusos. El tono dogmático con que se refiere a nuestra situación, en el que incluso los destellos de lucidez se ven opacados por su ignorancia acerca de lo que está hablando, no permite recomendarlo al lector inglés. Sin embargo, Trotsky tiene cierto estilo. Detrás de su lenguaje distorsionante se percibe su personalidad. Y no todo son perogrulladas.

El libro es ante todo un ataque a los líderes oficiales del Partido Laborista Británico por su ‘religiosidad’ y porque consideran útil prepararse para el socialismo sin prepararse al mismo tiempo para la Revolución. Trotsky piensa, quizá con razón, que nuestro Partido Laborista es el descendiente directo de los radicales no conformistas y de la burguesía filantrópica, sin ningún matiz de ateísmo, sangre y revolución. Y por eso le resultan emocional e intelectualmente bastante antipáticos. Una breve antología ilustra esa disposición de ánimo:

La doctrina de los líderes del Partido Laborista es una amalgama de conservatismo y liberalismo parcialmente adaptada a las necesidades de los sindicatos... Los líderes liberales y semiliberales del Partido Laborista aún piensan que la revolución social es un lúgubre privilegio del continente europeo.

‘En el reino del sentimiento y la conciencia’ —así empieza MacDonald— ‘en el reino del espíritu, el Socialismo constituye la religión de servicio al pueblo’. Con estas palabras se revela inmediatamente la burguesía benevolente, la izquierda liberal, que ‘sirve’ al pueblo, que se acerca a él unilateralmente o, más precisamente, desde arriba. Ese enfoque tuvo su origen en un pasado sombrío, cuando la intelectualidad radical se fue a vivir a los barrios obreros de Londres para adelantar su labor cultural y educativa.

Junto con la literatura teológica, el fabianismo es quizá la más inútil, y en todo caso la forma de creación verbal más aburridora... La beata y optimista época victoriana —cuando parecía que el mañana sería un poco mejor que el presente, y el pasado mañana mejor que el mañana— tuvo su expresión más elaborada en los Webb, Snowden, MacDonald y otros fabianos... Estas autoridades rimbombantes, pedantes, arrogantes, cobardes y delirantes envenenan sistemáticamente el movimiento obrero, confunden la conciencia del proletariado, y paralizan su voluntad... Los fabianos, los seguidores del Partido Laborista y los burócratas conservadores de los sindicatos constituyen hoy en día la principal fuerza contrarrevolucionaria de la Gran Bretaña y quizá de todo el mundo desarrollado... El fabianismo, el macdonaldismo y el pacifismo son la punta de lanza del imperialismo británico y de la burguesía europea, para no hablar de la burguesía mundial. Cualquiera que sea el precio, es necesario revelar a los trabajadores el verdadero rostro de estos pedantes autosatisfechos, de estos charlatanes eclécticos, de estos arribistas sentimentales, de estos lacayos advenedizos de la burguesía. Y su desenmascaramiento los llevará a un descrédito total.

Bien, así es como los caballeros que tanto inquietan a Mr. Winston Churchill revelan su verdadera esencia. Y es de esperar que, expresada sin apasionamiento, se entienda mejor esa esencia. El lector advertirá que basta cambiar unas cuantas palabras para que la antología anterior se pueda atribuir a los bravucones de derecha. Y la razón de esta semejanza es evidente. En estos párrafos, Trotsky se ocupa de la táctica política y no de los fines últimos. Refleja la actitud de esa banda de estadistas incendiarios para quienes Acción significa Guerra, que se irritan hasta el furor con la atmósfera de cordial entendimiento, caridad, tolerancia, y piedad que lleva a que, sople el viento en el Este o en el Sur, Mr. Baldwin, Lord Oxford y Mr. MacDonald fumen la pipa de la paz. "Ellos pregonan la paz donde no debería haber paz", gritan en coro fascistas y bolcheviques, "hipócritas, emblemas imbéciles de la decadencia, la senilidad, y la muerte, antítesis de la vida y de la fuerza vital que sólo existe en el espíritu de lucha sin cuartel". ¡Si los problemas fuesen tan fáciles! ¡Si se pudiesen resolver con alharaca, rugiendo como un león o arrullando como una mansa paloma!

La primera parte del libro de Trotsky está llena de rugidos. La segunda ofrece una exposición resumida de su filosofía política y amerita un examen más detallado.

Primera proposición. El proceso histórico requiere el paso al socialismo para preservar la civilización. "Sin el paso al socialismo toda nuestra cultura está amenazada por la decadencia y la degradación".

Segunda proposición. El paso al socialismo no puede ser el resultado de argumentos pacíficos y de concesiones voluntarias. Las clases poseedoras no hacen concesiones excepto por la fuerza. La huelga es un acto de

fuerza. "La lucha de clases es una secuencia continua de fuerzas descubiertas o encubiertas, que son reguladas en mayor o menor grado por el Estado, el cual representa, a su vez, el aparato de poder del contendor más fuerte, es decir, de la clase gobernante". La hipótesis de que el Partido Laborista llegará al poder por medios constitucionales y que, entonces "gobernará en una forma tan cuidadosa, táctica e inteligente que la burguesía no considerará necesario ejercer una oposición activa" es 'un chiste', aunque "sea, en realidad, la ilusión en que se basa el programa de MacDonald y compañía".

Tercera proposición. Aunque tarde o temprano el Partido Laborista llegase al poder por métodos constitucionales, *los partidos reaccionarios acudirían enseguida a la fuerza*. Las clases poseedoras rinden tributo a los métodos parlamentarios mientras tienen el control del aparato parlamentario, pero cuando lo pierden es absurdo suponer que la burguesía tendrá remilgos para usar la fuerza en su favor. Supongamos, dice Trotsky, que una mayoría laborista en el parlamento decidiese, ciñéndose plenamente a las leyes, confiscar la tierra sin indemnización, imponer un alto gravamen al capital, y abolir la Corona y la Cámara de los Lores, "no hay la menor duda de que las clases poseedoras no se someterán sin luchar, tanto más cuanto que el aparato policial, judicial y militar está totalmente en sus manos". Aún más, controlan los bancos, la totalidad del sistema de crédito social, de transporte y de comercio, de modo que la alimentación cotidiana de Londres, incluida la del mismo gobierno laborista, depende de las grandes empresas capitalistas. Es obvio —afirma Trotsky— que esos enormes medios de presión "serán utilizados con frenética violencia para obstruir las actividades del gobierno laborista, paralizar sus esfuerzos, atemorizarlo, debilitar su mayoría parlamentaria y, finalmente, crear pánico financiero, dificultar el aprovisionamiento y convocar huelgas patronales". Así, suponer que el destino de la sociedad estará determinado por una mayoría laborista en el parlamento y no por la correlación de las fuerzas materiales existentes en ese momento sería someterse a la "esclavitud del fetichismo de la aritmética parlamentaria".

Cuarta proposición. En vista de todo ello, aunque puede ser una buena estrategia buscar también el poder constitucional, es una tontería no organizarse asumiendo que la fuerza material es en últimas el factor determinante.

En la lucha revolucionaria, sólo una gran determinación puede despojar a la reacción de las armas para acortar el periodo de guerra civil y reducir el número de víctimas. Si no se emprende este camino es mejor no tomar las armas. Si no se recurre a las armas, es imposible organizar una huelga general; si se renuncia a la huelga general, no se puede pensar en una lucha verdadera.

Es obvio que si se aceptara su supuesto, buena parte de la argumentación de Trotsky sería indiscutible. Nada puede ser más estúpido que *jugar* a la revolución; si eso es lo que él quiere decir. Pero, ¿cuáles son sus supuestos? Trotsky supone que los problemas morales e intelectuales de la transformación de la sociedad ya han sido resueltos, que existe un plan y que lo único que resta es llevarlo a cabo. Aún más, supone que la sociedad está dividida en dos partes: el proletariado, que ha abrazado la creencia en el plan, y los demás, que por razones totalmente egoístas se oponen al plan. Trotsky no entiende que ningún plan puede triunfar si antes no se ha convencido a mucha gente, y que si realmente hubiese un plan, éste debería ser apoyado por muy diversos sectores. Está tan embelesado con los medios que olvida decirnos para qué sirven. Y si lo presionáramos, sospecho que citaría a Marx. Y aquí lo dejaríamos escuchando el eco de sus propias palabras: "junto con la literatura teológica, quizás la más inútil, y en todo caso la creación verbal más aburridora".

El libro de Trotsky reafirma nuestra convicción de la inutilidad de la violencia y de la falta de lucidez mental de quienes la promueven en el estado actual de los problemas humanos. La violencia no resuelve nada, como nada resuelven las guerras entre países, las guerras religiosas y la lucha de clases. La comprensión del proceso histórico, en el que tanto se escuda Trotsky, no habla en favor, y sí en contra, de la violencia en esta coyuntura. Carecemos, más que nunca, de un esquema coherente de progreso, de un ideal tangible. Todos los partidos políticos se originaron en ideas del pasado y no en ideas nuevas. Y muy notoriamente los partidos marxistas. No es necesario debatir las sutilezas que llevan a que un hombre justifique la verdad por medio de la violencia, pues nadie posee la verdad. Lo que hay que hacer es usar la inteligencia y no empujarla a los porrazos.

Marzo de 1926